

JUAN 9,39-10,21

TEXTO

«³⁹Y dijo **Jesús** dijo: “Para *un juicio yo* he venido a este mundo, para que los que *no ven, vean*, y los que *ven* se vuelvan *ciegos*”.

⁴⁰Escucharon estas cosas [algunos] de **los fariseos** que estaban con él y le dijeron: “¿También **nosotros** somos *ciegos*?”.

⁴¹Les dijo **Jesús**: “Si fuereis *ciegos*, no tendríais pecado; pero ahora que decís: ‘*Vemos*’, vuestro pecado permanece.

¹⁰¹En verdad, en verdad os digo que el que no entra por la puerta al redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ése es un ladrón y un bandido. ²Pero el que entra por la puerta es **pastor** de las ovejas. ³A éste le abre el portero y las ovejas oyen su voz y él llama a cada una por su nombre y las conduce afuera. ⁴Cuando ha sacado a todas las suyas, va al frente de ellas y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. ⁵Pero a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños”.

⁶Esta parábola les dijo **Jesús**, pero aquellos no entendieron las cosas de que les hablaba.

⁷Así que **Jesús** dijo de nuevo: “En verdad, en verdad os digo que **yo soy la puerta de las ovejas**.”

⁸Todos cuantos vinieron antes que **yo** son ladrones y bandidos; pero las ovejas no les escucharon. ⁹**Yo soy la puerta**: quien entre a través de **mí será salvado** y entrará y saldrá y encontrará pastos. ¹⁰El ladrón no viene más que para robar y matar y destruir; **yo he venido para que tengan vida** y la tengan en abundancia.

¹¹**Yo soy el buen pastor: el buen pastor da su vida** por las ovejas. ¹²El jornalero que no es pastor y no tiene las ovejas propias ve venir al lobo y abandona las ovejas y huye -y el lobo las apresa y dispersa-, ¹³porque es un jornalero y no le preocupan las ovejas.

¹⁴**Yo soy el buen pastor** y conozco a las mías y ellas me conocen, ¹⁵como el Padre me conoce y **yo conozco al Padre**; y **doy mi vida** por las ovejas.

¹⁶Y tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que **yo** las traiga y escucharan mi voz y llegarán a ser un solo rebaño, **un solo pastor**.

¹⁷Por esto el Padre me ama, porque **yo doy mi vida** para recuperarla de nuevo. ¹⁸Nadie la arrebató de **mí**, sino que **yo** la doy por **mí mismo**. Tengo autoridad para darla y tengo autoridad para recuperarla de nuevo; este mandato lo he recibido de mi Padre”.

¹⁹Sucedió de nuevo una división entre **los judíos** por estas palabras.

²⁰Pero **muchos de ellos** decían: “Tiene un demonio y está loco; ¿por qué le escuchamos?”.

²¹Otros decían: “Estas palabras no son de uno que está endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir ojos de ciegos?”».

COMENTARIO

.- **Introducción a 9,39-10,21**: No aparece ningún corte entre 9,41 y 10,1. El encuentro final entre Jesús y el ciego de nacimiento en 9,35-38 se empareja con el encuentro entre Jesús y los fariseos en 9,39-10,21. Jesús se dirige a una audiencia anónima en el v. 39, y «algunos fariseos» le responden en el v. 40. Sus palabras, a su vez, generan la reflexión de Jesús que comienza en el v. 41 y desemboca en el discurso de 10,1-18. Sobre la base de 9,39-41 se despliega 10,1-21. En 10,6, el narrador interrumpe las palabras de Jesús para hacer un comentario sobre la incapacidad de los fariseos para comprender lo que Jesús les estaba

diciendo, y en los vv. 19-21 nos informa sobre la división que provocó la enseñanza de Jesús. El pasaje se divide en cinco secciones: (a) 9,39-41: Introducción. Los fariseos hacen una pregunta a Jesús y él los condena por su ciega arrogancia. (b) 10,1-6: Jesús cuenta una parábola sobre la entrada en el redil y los fariseos no pueden entenderla. (c) 10,7-13: Jesús se compara a sí mismo, que es la puerta y el Buen Pastor, con otros que son ladrones, bandidos y jornaleros. (d) 10,14-18: Jesús el Buen Pastor, por la unión con el Padre, entrega su vida por sus ovejas. (e) 10,19-21: Conclusión: Se produce una división entre «los judíos».

- **Introducción (9,39-41):** Jesús no vino al mundo para juzgar (cf. 3,17; 5,24; 8,15), sino que el juicio tiene lugar como resultado de su presencia en el mundo (cf. 5,27). La luz del mundo (8,12; 9,5) ha venido «para un juicio» (v. 39). Su juicio es la decisión judicial que consiste en separar a los que están dispuestos a creer de los que no están dispuestos a ello. Como un comentario a todo cuanto ha ocurrido hasta este momento, Jesús describe el juicio que trae y que lleva al ciego a la visión y a quienes ven a la ceguera. La insistencia del ciego de nacimiento en que él no conocía (cf. vv. 12.25.26) y la búsqueda del Hijo del hombre para poder creer (v. 36), contrasta con la arrogante afirmación que «los judíos» hacen de su conocimiento (cf. vv. 24.29.31). Esto les lleva a tomar la decisión de que Jesús es un pecador, una persona cuyos orígenes son desconocidos (vv. 24.29). Ellos están satisfechos de saber que Dios habló a Moisés; su autosuficiencia les ha hecho ciegos, y Jesús les dice que ellos mismos han desencadenado su propio juicio (v. 39). Su arrogancia prosigue, pues preguntan a Jesús por qué se atreve a sugerirles que son ciegos (v. 40). La respuesta de Jesús concluye esta discusión y abre el discurso sobre el pastor y sus consecuencias (10,1-21). Si hubieran estado dispuestos a admitir la necesidad que tenían de luz, no tendrían culpa, pero puesto que afirman que lo conocen todo (v. 41), no dejan lugar alguno para la revelación de la luz que viene a través de Jesús. Por tanto, tienen responsabilidad para ser juzgados.

- **La parábola sobre la entrada en el rebaño (10,1-6):** Un doble «amén» (10,1) vincula 9,41 y la parábola que sigue (vv. 1-6). La parábola juega con el uso de una «puerta» en el marco de la actividad del pastor. El trasfondo de este juego de palabras se encuentra en la extensa utilización de la imagen del pastor para referirse, tanto positiva como negativamente, a los gobernantes de Israel. Hay dos modos de entrar en un rebaño, que dependen de lo que uno pretenda: apacentar al rebaño o hacerle daño. Se puede entrar mediante un subterfugio (v. 1) o a través de la puerta de entrada al redil (v. 2). El que hace lo primero es un ladrón y un bandido, mientras que el segundo es el pastor. Se introduce otro personaje, el portero (v. 3), pero se trata de una figura menor exigida por el trasfondo pastoril de la parábola. Éste no duda en dejar entrar al pastor (v. 3a), así como las ovejas tampoco dudan en atender a la voz del que las guía y las apacienta. Cada oveja sabe su propio nombre y responde inmediatamente a la voz del que la llama por su nombre (v. 3b). Una vez que las ovejas han sido llamadas por su nombre, reunidas y sacadas del redil para dirigirse a los pastos, el pastor camina al frente de ellas, y éstas, con gran alegría, siguen a aquél cuya voz les es familiar (v. 4). Sin embargo, ocurre lo contrario en el caso de un extraño, cuya voz no conocen las ovejas. No sólo no lo seguirán, sino que huirán aterradas (v. 5).

Jesús sigue dirigiendo sus palabras a los fariseos (cf. 9,39-41), aplicándoles una significativa imagen bíblica. Jesús ha curado (9,6-7) y ha buscado (v. 36) al ciego, mientras que los fariseos lo han tratado con desdén y arrogancia, echándole fuera de donde ellos estaban (v. 34). El narrador identifica explícitamente a los fariseos con los ladrones y bandidos en el v. 6. Ellos no entendieron que la parábola de Jesús les estaba diciendo algo a ellos. Los temas de la parábola, el pastor, la puerta, los ladrones y bandidos, se utilizarán y desarrollarán posteriormente en los vv. 7-18. Las ovejas oyen la voz del pastor (vv. 3-4), pero los fariseos no oyen su voz. Son incapaces de reconocer lo que les está diciendo, porque, como ocurre a lo largo del evangelio, no prestarán atención a lo que les dice (v. 6).

.- **El contraste entre el Buen pastor y los otros (vv. 7-13):** El discurso se reanuda mediante otra utilización del doble «amén» (v. 7a) cuando Jesús se revela como «la puerta de las ovejas» (v. 7b). La parábola utilizó la puerta como el lugar del acceso correcto al redil (cf. vv. 1-2), y Jesús se presenta como esa puerta en los vv. 7-10. Sólo Jesús es la puerta del redil y sólo a través suya podemos tener acceso adecuado a las ovejas, así como éstas pueden salir para encontrar buenos pastos (v. 7; cf. v. 9). Retomando de nuevo expresiones de la parábola, Jesús afirma que quienes vinieron antes que él eran ladrones y bandidos. «Los judíos» que vinieron antes de Jesús lo han rechazado. Esta situación se nos ha descrito dramáticamente en 9,1-34. Las afirmaciones que hacen «los judíos», de que ellos son los dirigentes del pueblo de Dios, son falsas. Ellos son ladrones y bandidos, proveedores de una esperanza mesiánica para su propio beneficio. Como ha mostrado la respuesta del ciego de nacimiento a su interpretación de la tradición mosaica (cf. 9,24-33), las ovejas no les han prestado ninguna atención. Esto le forzó a abandonar su compañía (v. 34), a creer en el Hijo del hombre y a acompañar a Jesús (vv. 35-38).

La imagen del v. 7 retorna en el v. 9, cuando Jesús explica lo que significa ser la puerta de las ovejas: Él es el mediador que proveerá lo que las ovejas necesitan para vivir. Una vez más, la experiencia de la antigua vida pastoril suministra el trasfondo del contraste que establece Jesús entre dos modos de «acercarse» a las ovejas. El ladrón sólo viene para robar, matar y destruir. No había nada vivificante en quienes han venido antes de Jesús afirmando que eran pastores, pero que, de hecho, sólo eran ladrones y bandidos. Jesús ha venido para que las ovejas pudieran tener pastos (cf. Ez 34,14), por tanto, para que tuvieran vida de forma abundante (cf. Ez 34,25-31). Jesús es la «puerta» mediante la cual el acceso a los buenos pastos está disponible y con la que el redil se encuentra protegido. Quienes entran (v. 9) se salvan; quienes salen (v. 9) encuentran pastos. Jesús, la puerta (v. 7), ofrece tanto la salvación como los pastos, y suministra a las ovejas una vida abundante (v. 10). Mediante él (v. 9) tienen vida los demás (cf. 1,3-4.17). En esta polémica con los fariseos, «la puerta» del v. 2 se ha interpretado cristológicamente en los vv. 7-10.

.- El contraste entre Jesús y otros prosigue cuando afirma, «Yo soy el Buen Pastor» (v. 11a). La ubicación del adjetivo tras el sustantivo (en el texto original) subraya que Jesús es el buen pastor en contraste con los malos pastores, pero aún hay más. El pastor del v. 2 se interpreta cristológicamente en los vv. 11-13. La introducción de la imagen del Buen Pastor vincula a Jesús con la tradición del pastor mesiánico del pueblo de Dios. Sin embargo, desde el primer momento en que utiliza la imagen para su autorrevelación, Jesús también introduce su singularidad: «el Buen Pastor *da su vida por las ovejas*» (v. 11b). Esta autodonación del pastor, hasta la muerte, por sus ovejas no tiene paralelo en los textos judíos que hablan del pastor mesiánico. Hay muchos elementos en el relato que apuntan ya al fin violento de la vida de Jesús (cf. 2,20-22; 3,13-14; 5,16-18; 6,27.51.53-54; 7,30; 8,20). Jesús no se ajusta al modelo del esperado mesías-pastor davídico. En contraste con la autodonación del Buen Pastor, el jornalero huye ante el peligro, dejando a las ovejas expuestas a la presencia asesina y dispersadora del lobo (v. 12). La tradición judía ya había hablado de sus falsos dirigentes como aquellos que no realizaban las responsabilidades dadas por Dios, sino que dejaban al pueblo a merced de los lobos (cf. Jr 23,1-8; Ez 34; 22,27; Sof 3,3; Zac 10,2-3; 11,4-17).

Con una palabra final de condena, Jesús acentúa el carácter negativo de la relación entre el jornalero y las ovejas (v. 13). El Buen Pastor da la vida por sus ovejas, mientras que el jornalero está solamente interesado en su beneficio personal. La huida del jornalero se debe al tipo de relación con las ovejas. El lector relaciona al jornalero con «los judíos», que reiteradamente han rechazado aceptar las afirmaciones que hace Jesús de que él viene de Dios y que lo da a conocer. Nada de cuanto dice o hace Jesús sacude a «los judíos» de su resuelta adhesión al

primer don que se dio mediante Moisés. Su propio interés les bloquea para aceptar la plenitud del don que acontece mediante Jesucristo (cf. 1,16-17).

.- **Jesús, el Buen Pastor mesiánico (vv. 14-18):** Todo conflicto desaparece al anunciar de nuevo Jesús: «Yo soy el buen pastor» (v. 14a). Jesús ya no se ocupa de los otros que dicen que son pastores, sino de la relación que él tiene con su rebaño (vv. 14-16) y con su Padre (vv. 17-18). Esto queda claro mediante un juego en espiral con el verbo «conocer». Jesús es el Buen Pastor que conoce a sus ovejas, y sus ovejas lo conocen (v. 14b), pero tras esta reciprocidad entre el Buen Pastor y sus ovejas subyace la reciprocidad fundamental entre el Padre y Jesús: así como el Padre conoce a Jesús, éste también conoce al Padre (v. 15a). Se expresa una intimidad entre el mutuo conocimiento de Padre e Hijo. Esta reciprocidad puede verse en la autodonación del Buen Pastor. El conocimiento compartido y la unidad entre Jesús y las ovejas, así como entre Jesús y el Padre, conduce, lógicamente, a que el Buen Pastor entregue su vida por las ovejas (v. 15b). El mesías pastor davídico esperado ha sido eclipsado por Jesús, el Mesías Buen Pastor que da su vida por sus ovejas. El hecho de que Jesús sea este Buen Pastor surge de la unidad con Dios (vv. 14-15). Precisamente, es este punto el que «los judíos» no aceptarán. En efecto, tratan de matar a Jesús por hacer tal afirmación (cf. 5,16-18).

A continuación, Jesús deja pasmada a su audiencia al decir que hay otras ovejas que no son «de este redil» (v. 16). El redil es Israel, donde hay unos que son las ovejas propias de Cristo y otros (los judíos no creyentes) que no lo son. A otros se les llevará al redil para que haya un solo pastor y un solo rebaño. Esta idea de un solo pastor que conducirá al único pueblo de Dios procede de la tradición bíblica (cf. Miq 5,3-5; Jr 3,15; 23,4-6; Ez 34,23-24), pero Jesús dice algo más. No abandona la tradicional imagen del Buen Pastor, pero la expande de un modo desconocido en la tradición judía. El Buen Pastor da su vida por sus ovejas por la unión que existe entre él y el Padre (v. 15). El mundo exterior a Israel será atraído al rebaño de Jesús mediante el don voluntario que hace de sí mismo hasta la muerte (v. 16).

.- La función fundamental de la relación entre Jesús y el Padre domina las palabras finales sobre el Buen Pastor (vv. 17-18). El amor del Padre a Jesús se muestra en la entrega de su vida para poder recuperarla de nuevo (v. 17). En su sacrificio se hace realmente presente el amor que el Padre le tiene, y este sacrificio es, por consiguiente, una revelación del amor del Padre. La muerte de Jesús ha sido fundamental en su autorrevelación como el Buen Pastor (cf. vv. 11.15), pero la entrega de su vida conduce a que la recupere de nuevo (v. 17b). Jesús sufrirá voluntariamente una muerte violenta, pero recuperará su vida de nuevo porque el Padre le ama. Son muchas las cuestiones que se han suscitado por estas palabras. ¿Cómo puede ser la muerte la acción del Buen Pastor? (v. 14). ¿Cómo es posible que la entrega de la vida por sus ovejas muestre el amor que el Padre le tiene? (v. 15) ¿Qué significa que el amor de Dios se muestra en la donación voluntaria de la propia vida, sólo para volver a recuperarla de nuevo? (v. 17). Surgen cuestiones que conducen al lector a seguir avanzando en la historia y que le hacen preguntarse sobre cómo acontecerá todo esto en los acontecimientos posteriores.

.- Jesús concluye su discurso hablando de su autoridad (v. 18b). La historia que sigue nos contará el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús. Pero estos acontecimientos no le vendrán encima a Jesús como un terrible accidente o como mero resultado de la perversa voluntad de quienes le odian y le persiguen. Es Jesús quien, ejerciendo su autoridad, decide entregar su vida y recuperarla de nuevo (v. 18b). Nadie se la quita (v. 18a). Pero las palabras finales del Buen Pastor (cf. vv. 11.14) se dirigen al Padre. La transformación que hace Jesús de la expectativa mesiánica tradicional del mesías-pastor davídico que reunirá a un solo rebaño bajo un solo pastor por medio del don incondicional de sí mismo hasta la muerte, solamente para recuperar su vida de nuevo, es un encargo recibido del Padre (v. 18c). La autorrevelación de Jesús como el Buen Pastor mesiánico vuelve al punto de partida. Comenzó con su

enseñanza sobre la unión del mutuo conocimiento entre el Padre y el Hijo (v. 15) y concluye con el reconocimiento de que cuanto hace es el cumplimiento del mandato del Padre (v. 18).

.- **Conclusión: Una división entre «los judíos» (vv. 19-21):** A lo largo de la celebración de los Tabernáculos ha sido habitual que las palabras de Jesús produjeran una división (*schisma*) entre «los judíos» (cf. 7,12.25-27.31.40-41; 9,16). La crónica de la presencia de Jesús en la fiesta concluye con otra división (v. 19). Por una parte, la mayoría rechaza totalmente su palabra, considerando que está poseído por un demonio y que está loco. Por consiguiente, no merece la pena escuchar sus palabras (v. 20). Pero hay un grupo minoritario que sigue abierto a las posibilidades de su palabra. Se evoca la curación del ciego de nacimiento, el acontecimiento que llevó a Jesús a hablar sobre las ovejas y el pastoreo (v. 21). Hay dos detalles que indican que Jesús podría no estar poseído: no habla como un poseso y ha curado a un ciego. Por muy determinante que pudiera ser el rechazo de un grupo numeroso, la cuestión de la identidad de Jesús sigue abierta para un sector de su audiencia. El relato del encuentro de Jesús con «los judíos» no ha terminado. Algunos están aún dispuestos a escucharle (v. 21), aun cuando «muchos» hubieran decidido que ni Jesús ni sus palabras tenían valor alguno (v. 20).

.- **Conclusión a 7,1-10,21:** Durante la celebración de la fiesta de los Tabernáculos, Jesús se ha presentado como el agua viva (7,37-38), la luz del mundo (8,12; 9,5), el Hijo, el Enviado, y, por tanto, el revelador del Dios verdadero (7,14-24; 8,39-59; 9,7). La cuestión mesiánica se ha planteado reiteradamente (7,25-31.40-44). Jesús abandona el templo para escapar de la violencia de «los judíos» (8,59); sus palabras y acciones de 9,1-10,21 ponen fin al tema de los tabernáculos. Jesús, el Enviado, transforma las aguas de Siloé (9,7) y da luz a un hombre que nunca había visto. El milagro físico pone en movimiento un itinerario de fe que conduce al hombre a postrarse ante Jesús, el Hijo del hombre, confesando «Señor, creo» (9,38). «Los judíos», que se volvían hacia el Santo de los Santos cada día para celebrar su fidelidad inquebrantable al único Dios verdadero, han rechazado que Jesús fuera la revelación del Padre. Ellos se han desplazado desde una visión inicial hacia la ceguera y la oscuridad. Condenados por su ceguera (9,39-41), se les presenta como ladrones y bandidos, extraños y jornaleros, en contraste con Jesús, el Buen Pastor (10,1-13).

Pero ¿qué pasa con el tema mesiánico? Jesús trasciende todas las expectativas mesiánicas que entonces estaban en vigor -el Mesías oculto (7,26-27), el Mesías hacedor de milagros (7,31), el Mesías que da agua viva (7,37-41a) y el Mesías davídico (7,41b-42)-. Reiteradamente afirma su relación con Dios, su Padre, y el misterio de sus orígenes y destino. La crónica de la celebración concluye con la aceptación por parte de Jesús de una expectación mesiánica tradicional del judaísmo: él es el Buen Pastor (10,11.14). Las raíces de esta figura se encuentran sólidamente establecidas en la tradición judía, pero Jesús trasciende y explota las posibilidades de la imagen. Su pastoreo brota de su conocimiento y amor al Padre, recíprocamente correspondido por el conocimiento y el amor que el Padre le tiene. Aceptando el encargo que el Padre le ha dado, Jesús entregará su vida por sus ovejas, pero volverá a recuperarla de nuevo. «Los judíos» conocen que Dios habló a Moisés, pero no saben siquiera de dónde ha venido este hombre (9,29). Muchos de ellos consideran que las palabras de Jesús carecen de todo valor, pues son las palabras de un poseso (10,20).

En un documento que apareció en la misma época en que se redactó el cuarto evangelio y que se escribió para afrontar los problemas derivados de la pérdida de Jerusalén y su templo, el autor de 2 Baruc dice:

Todo el pueblo respondió y me dijeron: «Los pastores de Israel han perecido, las lámparas que daban luz se han extinguido y las fuentes de las que solíamos beber han ocultado sus

manantiales. Hemos sido abandonados en la oscuridad, en el espeso bosque y en la aridez del desierto».

Y yo les respondí diciendo: «Los pastores, las iluminarias y las fuentes tenían su origen en la Ley, y cuando desaparezcamos, la Ley continuará. Por tanto, si tomáis en serio la Ley y os decidís por la sabiduría, entonces la lámpara no faltará, el pastor no perecerá y la fuente no se secará» (2 Bar 77,11.13-16).

Tanto el judaísmo como la forma joánica del cristianismo post-bélico, que luchaban por crear su propia identidad, recurrían a su herencia judía. El autor de 2 Baruc remitía a la Ley para la presencia permanente del pastor, la luz y el agua. Estos símbolos, que estaban íntimamente asociados con la celebración de la fiesta de los Tabernáculos, no habían sido abandonados por el cristianismo joánico. El relato joánico de la presencia de Jesús en la celebración de los Tabernáculos, anuncia el acceso al agua viva, a la luz y al pastor. Sin embargo, Jesús es el agua viva para *todo el que tuviera sed* (7,37), la *luz del mundo* (8,12; 9,5) y el Buen Pastor que da su vida por sus ovejas, *para reunir en un solo rebaño a quienes todavía no pertenecen a éste* (10,15-16).

«Los judíos» insisten en que saben que Dios habló a Moisés (9,29), por lo que están de acuerdo con el autor de 2 Bar sobre la necesidad de mantenerse firmes en la Ley. Ésta era fundamental para el desarrollo de la identidad post-bélica del judaísmo. Pero los cristianos de la comunidad joánica responden que *Dios había perfeccionado el don primero* dado a través de Moisés. Dios se la ha dado a conocer mediante Jesucristo, el Enviado del Padre. El Agua, la Luz y el Pastor son accesibles para todo el que crea en Jesús, de cualquier raza, pueblo o nación.